



PAISAJES



CASTILLO DE SANJA · TARRIENNA · CÁDIZ





PAISAJES

Nuestro agradecimiento a autores,
herederos, fundaciones, editoriales
y agencias literarias por su colaboración
en la edición de esta obra.

LOS BERMEJALES, GRANADA



EDICIÓN
NO VENAL
CON MOTIVO
DE LA
**SEMANA
EUROPEA
DE LA
MOVILIDAD
2009**



Mejora el clima de tu ciudad





PAISAJES

Selección de textos
JOSEFINA JUNQUERA COCA

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES

- © De la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA
Consejería de Obras Públicas y Transportes
© De los textos: los autores
© De las fotografías: Luis Marín Romero

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN:
Dirección General de Planificación. Servicio de Publicaciones
Nº DE REGISTRO: JAOP/PL-21-2009

SELECCIÓN DE TEXTOS:
Josefina Junquera Coca
DISEÑO GRÁFICO:
Antonio Galindo Riaño
MAQUETACIÓN:
Teresa Barroso Ruiz
CORRECCIÓN:
Rafael Ariza Galán
IMPRESIÓN:
Gráficas Urania
D.L.: MA-2378-2009

PAISAJES / selección de textos Josefina Junquera Coca; fotografías, Luis Martín Romero.- Sevilla: Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2009

136 p. ; 17 cm

Edición no venal con motivo de la Semana Europea de la Movilidad 2009

D.L. MA-2378-2009

1. Literatura 2. Paisaje-España 3. Medio Ambiente I. Junquera Coca, Josefina II. Martín Romero, Luis III. Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes

Ráfagas de huracán que arrebataís
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrado en el viejo torbellino,
¡llevadme con vosotras!

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
Rimas

Presentación

La publicación de *Paisajes* conmemora la participación de la Junta de Andalucía en la Semana Europea de la Movilidad 2009, que lleva por lema *Mejora el clima de tu ciudad*. Por octavo año consecutivo, obsequiamos a los usuarios del transporte público regional y metropolitano con un libro editado para la ocasión. Lo hacemos para darles las gracias por utilizar nuestra red de transporte público y por colaborar en la tarea, que es de todas y todos, de generar un nuevo modelo de movilidad sostenible en nuestra comunidad autónoma. Porque sin la implicación de la ciudadanía, el transporte público no podría cumplir sus objetivos.

Con el uso del transporte público no sólo limitamos la emisión de gases contaminantes. Reducimos el tráfico, el ruido y los atascos. Ganamos tiempo, calidad de vida, recuperamos nuestras ciudades y espacios públicos. La movilidad sostenible es un compromiso de todas las administraciones públicas y la ciudadanía y depende, en gran medida, de un uso creciente del transporte público. Por un lado, requiere un esfuerzo constante de las administraciones para crear una red de servicios e infraestructuras del transporte eficaz, segura y sostenible. Por otro, necesita que cambiemos nuestros hábitos y utilicemos cada vez menos el ve-

hículo privado. Así nuestras ciudades serán cada día más habitables y amables.

En este contexto, la Junta de Andalucía está realizando una ambiciosa apuesta, sin precedentes en el tiempo, con la implantación de ferrocarriles metropolitanos en las áreas de Sevilla, Málaga, Granada y Bahía de Cádiz, a la que se suman los proyectos tranviarios de Córdoba, Almería, Jerez de la Frontera, Campo de Gibraltar, Jaén y Huelva.

Cuando se complete nuestra red de metros y tranvías, podremos reequilibrar el reparto de movilidad en estas áreas metropolitanas, donde actualmente el vehículo privado acapara en torno al 70% de los desplazamientos.

Este esfuerzo inversor, enmarcado en el Plan de Infraestructuras para la Sostenibilidad del Transporte en Andalucía (2007-2013), convierte a la Junta de Andalucía en la administración autonómica que está desarrollando de forma simultánea un mayor número de proyectos de metros ligeros y tranvías en el conjunto del Estado.

En cuanto al autobús, la Junta de Andalucía mantiene su compromiso de mejorar la calidad de los servicios de transporte en estaciones de autobuses, apeaderos, refugios y marquesinas, así como con la conservación y ampliación de la red de carreteras, algunas con plataformas reservadas para el transporte público y carriles-bici.

Para mejorar los servicios de transporte, la Junta de Andalucía ha impulsado la constitución de Consorcios de Transporte Metropolitano en las todas las áreas metropolitanas de Andalucía para una gestión unitaria e integrada de todos los sistemas de transporte, con una tarjeta única válida.

El libro de este año recoge poemas dedicados al paisaje. El paisaje, patrimonio que debemos salvaguardar para que lo puedan seguir disfrutando los que tras nosotros vienen. El paisaje, tan rico, variado, sugestivo y luminoso en Andalucía. Es el marco en el que desarrollamos nuestra vida cotidiana y sobre él vamos dejando nuestra huella. Pero el paisaje es también algo que podemos disfrutar aún más si nos desplazamos en transporte público. El paisaje se desliza a través de la ventana de un tren, de un autobús y, despreocupados de la conducción, podemos apreciarlo con mayor

intensidad. Las carreteras y ferrocarriles son también los medios que pueden acercarnos al paisaje.

La Consejería de Obras Públicas y Transportes presta especial atención a mitigar la incidencia de las infraestructuras en el paisaje. Para ello, realiza restauraciones paisajísticas de las infraestructuras y adopta medidas para corregir y compensar su impacto sobre el medio ambiente. Construye carreteras paisajísticas, con miradores y áreas de descanso para permitir el disfrute del paisaje, y actúa para reducir la contaminación acústica. Y, finalmente, diseña vías multimodales, que incluyen caminos peatonales, plataformas reservadas para el transporte público y carriles-bici.

Porque el paisaje es el escenario en el que se desenvuelve nuestra vida, hay que respetarlo y conservarlo.

Le deseo un feliz viaje y que con este libro y el transporte público disfrute del paisaje. El real y el literario.

ROSA AGUILAR RIVERO
CONSEJERA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES

Prólogo

VIAJAR Y LEER

El tiempo vuela si a la hora del viaje nos dejamos acompañar por una buena lectura. No hay nada mejor que descubrir paisajes cómodamente sentados, mirando a través del cristal con un libro en las manos. La impaciencia por llegar al destino se acorta y tenemos asegurado un buen rato.

El libro de poesías que le ofrecemos tiene como tema el paisaje. ¿Cuántos paisajes? Infinitos. Aun sabiendo que no es posible ponerle puertas al campo, los hemos agrupado para facilitar la lectura en paisajes de árboles, de ciudad, de agua, de montaña, de jardines, de ruinas, del campo y, también, del alma. Gracias al lenguaje poético, el mar, el río, los lagos, las ciudades, los conventos o el jardín forman un variado conjunto que nos transmite una imagen del mundo muy especial.

Se asoman a estas páginas poetas de ahora y de siempre. Garcilaso, Lope, Quevedo, Miguel Hernández y los Machado... La poesía es el vehículo que necesita el escritor para mostrarnos sus adentros, ya sea cuando José Luis Cano le canta a un pino andaluz o Gloria Fuertes a los bosques de Pensilvania. Viajamos a través del poema a ciudades monumentales como la Salamanca de Unamuno. Nos acercamos a las ruinas de Acinipo –Ronda la Vieja– acompañados por Benítez Ariza. Navegamos por el Guadalquivir con Antonio Gala; y de la mano de Pilar Paz Pasamar nos asomamos a la orilla del Atlántico.

Dejarse llevar de la mano de las buenas letras es nuestro propósito. Y nuestro deseo, que lean este libro como se cata un buen vino, disfrutando de su aroma y sabor hasta embriagarse con su belleza.

JOSEFINA JUNQUERA COCA

PUEBLA DE CAZALLA - SEVILLA





**I. PAISAJES
DE ÁRBOLES**

José Luis Cano

Algeciras (Cádiz),

1912-1999

A un pino andaluz

(de Sonetos de la Bahía)

Una dulce pasión, una morosa
melancolía invade tu espesura,
y una cálida y triste calentura
la solitaria sombra de tu rosa.

Voy sintiendo en mi carne la amorosa
turbación de tu copa cuando apura
el sol allí su fuego, y tu cintura
a su lengua se ciñe, perezosa.

No sé qué viento en soledad, qué sino
vegetal guardas para mis dolidas
alas sin vuelo y ave sin camino,

tú que en la mar me sueñas y me olvidas,
oh pino delicado que adivino
a solas meditando en mis heridas.

Primaveral
(de *Azul, El año lírico*)

Rubén Darío
Metapa (Nicaragua),
1867-1916

Mes de rosas. Van mis rimas
en ronda, a la vasta selva,
a recoger miel y aromas
en las flores entreabiertas.
Amada, ven. El gran bosque
es nuestro templo, allí ondea
y flota un santo perfume
de amor. El pájaro vuela
de un árbol a otro y saluda
tu frente rosada y bella
como a un alba; y las encinas
robustas, altas, soberbias,
cuando tú pasas agitan
sus hojas verdes y trémulas,
y enarcan sus ramas como
para que pase una reina.
¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera. [...]

Francisco Garfias

Moguer (Huelva), 1921

Canción de octubre

(de Vendimia)

¡A la flor de la uva,
a la flor,
que en el mar de mi sangre
voy sintiendo el amor!

Venid, vendimiadores,
estrujadme esta voz
de eternidad y fiebre,
de silencio y clamor.
Tengo el alma dispuesta,
vendimiadores, voy
llenándome los ojos
de pámpanos con sol.
Venid, ángeles míos,
que todo maduró
dentro de mí y me pesa
la luz del corazón.

¡A la flor de la uva,
a la flor,
que en el mar de mi sangre
voy sintiendo el amor!

Milagro de la luz: la sombra nace,
choca en silencio contra las montañas,
se desploma sin peso sobre el suelo
desvelando a las hierbas delicadas.
Los eucaliptos dejan en la tierra
la temblorosa piel de su alargada
silueta, en la que vuelan fríos
pájaros que no cantan.
Una sombra más leve y más sencilla,
que nace de tus piernas, se adelanta
para anunciar el último, el más puro
milagro de la luz: tú contra el alba.

Miguel Hernández

Orihuela (Alicante),

1910-1942

Oda a la higuera

Abiertos, dulces sexos femeninos,
o negros, o verdales:
mínimas botas de morados vinos,
cerrados: genitales
lo mismo que horas fúnebres e iguales.

Rumores de almidón y de camisa
¡frenesí! de rumores
en hoja verderol, falda precisa,
justa de alrededores
para cubrir adánicos rubores.

Tinta imborrable, savia y sangre amarga:
malicia antecedente,
que la carne morena torna y larga
con su blancor caliente,
bajo la protección de la serpiente.

¡Oh meca! de lujurias y avisperos,
quid de las hinchazones.
¡Oh desembocadura! de los eros;
higuera de pasiones,
crótalos pares y pecados nones.

Al higo, por él mismo vulnerado
con renglón de blancura,
y orines de jarabe sobre el lado
de su mirada oscura,
voy, pero sin pasar de mi cintura.

Blande y blande el sol, ennegrecido,
el tumor inflamable.
El pájaro que siente aquí su nido,
su seno laborable,
se ahogará de deseo antes que hable.

Bajo la umbría bíblica me altero,
más tentado que el santo.
Soy tronco de mí mismo, mas no quiero,
ejemplar de amaranto,
lleno de humor, pero de amor no tanto.

Aquí, sur fragoroso tiene el viento
la corriente encendida;
la cigarra su justo monumento,
la avispa su manida.
¡Aquí vuelve a empezar!, eva, la vida.

Elena Martín Vivaldi

Granada, 1917-1998

Ginkgo biloba
(Árbol milenario)

Homenaje a Jorge Guillén

Un árbol. Bien. Amarillo
de otoño. Y esplendoroso
se abre al cielo, codicioso
de más luz. Grita su brillo
hacia el jardín. Y sencillo,
libre, su color derrama
frente al azul. Como llama
crece, arde, se ilumina
su sangre antigua. Domina
todo el aire rama a rama.

Todo el aire, rama a rama,
se enciende por la amarilla
plenitud del árbol. Brilla
lo que, sólo azul, se inflama
de un fuego de oro: oriflama.
No bandera. Alegre fuente
de color. Clava ascendente
su áureo mástil hacia el cielo.

Ginkgo biloba
(Árbol milenario)

Elena Martín Vivaldi

De tantos siglos su anhelo
nos alcanza. Luz de oriente.
Amarillo. Aún no imagina
el viento, la desbandada
de sus hojas, ya apagada
su claridad. Se avecina
la tarde gris. Ni adivina
su soledad, esa tristeza
de sus ramas.

Fue certeza,
alegría –¡otoño!–. Faro
de abierta luz.

Desamparo
después. ¿Dónde tu belleza?

Tres árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan,
apretados de amor, como tres ciegos.

El sol de ocaso pone
su sangre viva en los hendidos leños
¡y se llevan los vientos la fragancia
de su costado abierto!

Uno, torcido, tiende
su brazo inmenso y de follaje trémulo
hacia otro, y sus heridas
como dos ojos son, llenos de ruego.

El leñador los olvidó. La noche
vendrá. Estaré con ellos.
Recibiré en mi corazón sus mansas
resinas. Me serán como de fuego.
¡Y mudos y ceñidos,
nos halle el día en un montón de duelo!

Cuando un árbol gigante se suicida,
harto de estar ya seco y no dar pájaros,
sin esperar al hombre que le tale,
sin esperar al viento,
lanza su última música sin hojas
—sinfónica explosión donde hubo nidos—,
crujen todos sus huecos de madera,
caen dos gotas de savia todavía
cuando estalla su tallo por el aire,
ruedan sus toneladas por el monte,
lloran los lobos y los ciervos tiemblan,
van a su encuentro las ardillas todas,
presintiendo que es algo de belleza que muere.

Viajero, tú nunca
te olvidarás si pisas estas tierras
del pino.
Cuánta salud, cuánto aire
limpio nos da. ¿No sientes
junto al pinar la cura,
el claro respirar del pulmón nuevo,
el fresco riego de la vida? Eso
es lo que importa. ¡Pino piñonero,
que llegue a la ciudad y sólo vea
la cercanía hermosa
del hombre! ¡Todos juntos,
pared contra pared, todos del brazo
por las calles
esperando las bodas
de corazón!
¡Que vea, vea el corro
de los niños, y oiga
la alegría!
¡Todos cogidos de la mano, todos
cogidos de la vida
en torno
de la humildad del hombre!

Es solidaridad. Ah, tú, paloma
madre: mete el buen pico,
mete el buen grano hermoso
hasta el buche a tus crías.
Y ahora, viajero,
al cantar por segunda vez el gallo,
ve al pinar y allí espérame.
Bajo este coro eterno
de las doncellas de la amanecida,
de los fiesteros mozos del sol cárdeno,
tronco a tronco, hombre a hombre,
pinar, ciudad, cantemos:
que el amor nos ha unido
pino por pino, casa
por casa.
Nunca digamos la verdad en esta
sagrada hora del día.
Pobre de aquel que mire
y vea claro, vea
entrar a saco en el pinar la inmensa
justicia de la luz, esté en el sitio
que a la ciudad ha puesto la audaz horda
de las estrellas, la implacable hueste
del espacio.

Pobre de aquel que vea
que lo que une es la defensa, el miedo.

¡Un paso al frente el que ose
mirar la faz de la pureza, alzarle
la infantil falda casta
a la alegría!

Qué sutil añagaza, ruin chanchullo,
bien adobado cebo
de la apariencia.

¿Dónde el amor, dónde el valor, sí, dónde
la compañía? Viajero,

sigue cantando la amistad dichosa
en el pinar amaneciente. Nunca

creas esto que he dicho;

canta y canta. Tú, nunca

digas por estas tierras

que hay poco amor y mucho miedo siempre.

TAJO DE RONDA, MÁLAGA





**II. PAISAJES
DE CIUDAD**

María Victoria Atencia

Málaga, 1931

Placeta de San Marcos

(de Venezia serenissima)

Amárrate, alma mía; sujétate a este mármol,
Sebastián de su tronco, con cuantas cintas pueda
ofrecerte en Venecia la lluvia que te empapa.

Amárrate a este palo, alma Ulises, y escucha
—desde donde la plaza proclama su equilibrio—
el rugido de bronce que la piedra sostiene.

La ciudad
(de *La intrusa*)

María Victoria Atencia
Málaga, 1931

De nuevo, balbuciente, regreso a mi ciudad,
[Florencia,
París, Granada, Amsterdam, por las que soy quien
[soy,
ciudad amada, calles y aceras, vidrios y balcones,
orillas –si las tiene– y murallas y el bosque de su
[entorno.

Pongo especial cuidado interior al vestirme otra vez
[de su recuerdo
que las salva –y me salva, aunque eso nada importa–,
y erijo estas palabras,
aguas y mirlos a su debido instante.

Plazuela del Alamillo;
¡cuánto te recuerdo yo,
con tus floridas ventanas
todas doradas de Sol!
Aún existe la casita
del anchuroso portón,
con su escudo en la fachada
y el alegre mirador;
flores, lo mismo que entonces
y el mismo rayo de Sol,
y otros novios que se dicen
dulces nonadas de amor.
En la moruna plazuela
sólo faltamos tú y yo.

Con el vaivén de los años
la vida nos separó.
Dios sabe en dónde tú cuidas
a los hijos de otro amor.
Yo sigo tejiendo sueños,
araña de mi rincón,
y si me miro al espejo
parece que no soy yo.

Desde entonces, ¡cuántas sombras
cayeron sobre los dos!
Sólo nuestra vieja plaza
sigue dorada de Sol;
mas yo no rondo tu calle,
ni estás tú en el mirador.

Novia a quien no besé nunca,
el azar nos separó,
¡toda vestida de blanco
te guardo en mi corazón!
¿Qué habrá hecho con tu belleza
este tiempo que pasó?
¿Tendrá la misma dulzura
la música de tu voz?
¡Veinte años que no nos vemos,
y acaso sea mejor
que no veas mi crepúsculo
ni tu ocaso vea yo!
Novia mía: ¡cuando paso
por nuestro antiguo rincón,
el gris que hay en mis cabellos
me duele en el corazón!

Tu ejemplar de *El Doctor Fausto*, salvado
de la quema en algún remate eterno
de Moyano. Postales. El infierno
del Bosco ardiendo en un salón del Prado.

El cielo de un amanecer nublado.
La lluvia en un balcón. Aquel cuaderno
pretencioso de notas: «el invierno
tiene el olor de un animal cansado»

(debías referirte a la vaharada
gélida de la calle a la salida
del metro). Madrugadas. Un destello

cómplice en el fulgor de una mirada
de mujer. Y una vaga despedida
en Atocha, al final de todo aquello.

A Mariano Maresca

Ven,
te ofreceré Granada, amor,
llena de muerte
si aceptas el infierno con mi mano.
Descubrirás
sobre su piel de luces escondidas
un paisaje perfecto para el crimen,
la vieja edad del ojo con que miran
las estatuas de mármol,
los móviles que guarda
cada balcón abierto de los suyos.
Ven,
con el último abrazo te entrego la ciudad.

Para la huida
laberintos azules son sus calles,
exactas son sus fuentes
en la persecución,
mientras cada frontera de la ciudad cerrada
se estrecha como un límite
final de la aventura.

Serán ciertas aún
las últimas sonrisas, las últimas caricias
sobre los callejones,
sentirse todavía distintos y encendidos,
como ahora que beso la pólvora en tus labios
con un viejo recuerdo
a lucro y gasolina

Pero es otro ya el tiempo. Exactas
estas calles también para la muerte,
alhóndigas y aceras
confluirán en la muerte,
debajo de las águilas acechará la muerte
sin sorpresa. Y también los portales
serán todos la muerte.

Como un brazo extendido
yacerá la ciudad a tu regreso, te buscarán
dormida en un diario,
ocultarán la broma perfecta de tu lógica,
se sentirán heridos:
eran quizá lo mismo
mercenarios y víctimas,
sólo gestos distintos en tus ojos.

Oh muerte
te ofrezco la ciudad y con ella sus odios,
a ti te entrego el crimen,
la última pasión.

Ven
te enseñaré Granada, amor,
llena de ti,
y dejaremos juntos
sobre cada cadáver una última lágrima
que sonría distante,
descubierta en la sombra
como diciendo adiós.
El largo adiós, amor, que tú sugieres.

Oh Soria, cuando miro los frescos naranjales
cargados de perfume, y el campo enverdecido,
abiertos los jazmines, maduros los trigales,
azules las montañas y el olivar florido;
Guadalquivir corriendo al mar entre vergeles;
y al sol de abril los huertos colmados de azucenas,
y los enjambres de oro, para libar sus mieles
dispersos en los campos, huir de sus colmenas;
yo sé la encina roja crujiendo en tus hogares,
barriendo el cierzo helado tu campo empedernido;
y en sierras agrias sueño –¡Urbión, sobre pinares!
¡Moncayo blanco, al cielo aragonés, erguido!–.
Y pienso: Primavera, como un escalofrío
irá a cruzar el alto solar del romancero,
ya verdearán de chopos las márgenes del río.
¿Dará sus verdes hojas el olmo aquel del Duero?
Tendrán los campanarios de Soria sus cigüeñas,
y la roqueda parda más de un zarzal en flor;
ya los rebaños blancos, por entre grises peñas,
hacia los altos prados conducirá el pastor.

¡Oh, en el azul, vosotras, viajeras golondrinas
que vais al joven Duero, rebaños de merinos,
con rumbo hacia las altas praderas numantinas,
por las cañadas hondas y al sol de los caminos
hayedos y pinares que cruza el ágil ciervo,
montañas, serrijones, lomazos, parameras,
en donde reina el águila, por donde busca el cuervo
su infecto expoliario; menudas sementeras
cual sayos cenicientos, casetas y majadas
entre desnuda roca, arroyos y hontanares
donde a la tarde beben las yuntas fatigadas,
dispersos huertecillos, humildes abejas!...

¡Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano
cercado de colinas y crestas militares,
alcores y roquedas del yermo castellano,
fantasmas de robledos y sombras de encinares!

En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva.

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio.

Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
a veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.

Cádiz, salada claridad... Granada,
agua oculta que llora.
Romana y mora, Córdoba callada.
Málaga, *cantaora*.
Almería dorada...
Plateado Jaén... Huelva: la orilla
de las Tres Carabelas.
Y Sevilla.

Alto soto de torres que al ponerse
tras las encinas que el celaje esmaltan
dora a los rayos de su lumbre el padre
Sol de Castilla;

bosque de piedras que arrancó la historia
a las entrañas de la tierra madre,
remanso de quietud, yo te bendigo,
¡mi Salamanca!

Miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo
cual el follaje de tu piedra, inmoble,
denso y perenne.

Y de otro lado, por la calva Armuña
ondea el trigo, cual tu piedra, de oro,
y entre los surcos al morir la tarde
duerme el sosiego.

Duerme el sosiego, la esperanza duerme,
de otras cosechas y otras dulces tardes,
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo
que año tras año maduró tus aulas,
duerme el recuerdo.

CABO DE GATA, ALMERÍA





**III. PAISAJES
DE AGUA**

José Luis Cano

Algeciras (Cádiz),

1912-1999

Sonetos al Peñón

(de Gibraltar)

La espalda vuelta al dulce mar latino,
surgiendo de la arena amanecida
la cabeza de Níobe caída,
verde el cabello, amarga flor de espino.

Las aguas del Estrecho, en su camino,
bañan tus rubios pies de espuma erguida,
y una nube, una alondra va perdida
por el silencio de tu sien de lino.

¿Qué rumorosa espada adolescente,
de delfín andaluz, qué azul mirada
ves brillar a la luz de la bahía?

Reclinada a la sombra de Occidente
sueñas con el amor de aquella espada,
perezosa y doliente, oh roca mía.

Quisiera adormecer junto a mi pecho
tu testa antigua de andaluza inglesa,
y esa flor de tu ocaso malva, y esa
sombra tuya que se hunde en el Estrecho.

Y a tu lado tener por solo lecho
la mar errante que te sitia y besa
con su azul somnolencia que no pesa
cuando acerca a tus pies su ardor deshecho

Deja que en tu costado abandonada
ponga mi mano, y deja que mi aliento
acaricie tu hierba delicada.

Y dime tu dolor bajo este viento,
tu nostalgia de roca desposada
sin el calor de un andaluz acento.

Carolina Coronado

Almendralejo (Badajoz),

1823-1911

A Cádiz

No es sueño, es la verdad ¡oh mar! te veo...
no es sueño, es la verdad, ¡estoy contigo!...
no es sueño, es la verdad, tus ondas sigo
y sacio en contemplarte mi deseo;
aquí está la verdad en que yo creo,
aquí habita el Señor que yo bendigo,
y siento entre estas vívidas montañas
el hondo palpar de sus entrañas.

¡Tú eres el mar!... ¡el mar!... no eres el río;
el horizonte con tus brazos llenas,
y en vez de murmurar bramas y truenas
maravillando el pensamiento mío,
pero en tu seno con placer confío
recuerdos, dichas, esperanzas, penas,
sin que un instante me acobarde el miedo
de que en tus ondas sumergirme puedo.

¿Miedo de ti? ¿Por qué? ¿No es de la tierra
de dónde vengo yo? ¿Por qué temerte!
¿Amenazas tú más que con la muerte
ni tienes sino el agua que dé guerra?
¿En dónde tu maldad ¡oh mar! se encierra
para que así nos acobarde el verte?
¿Qué me puedes hacer? ¿Tragar mi barca?...
La Francia se ha tragado a su monarca.

¿A dónde vais, pobres gaviotas,
huyendo así del horizonte oscuro?
¿No teméis el morir al pie del muro
en sangre tintas vuestras alas rotas?
Hubo una edad entre las más remotas,
en que la tierra fue asilo seguro;
pero lanzados ya de aquel asilo,
el torrente del mar es más tranquilo.

¡Ah! yo no sé; pero al mirar de lejos
la vasta soledad del agua hermosa,
me siento de vosotras envidiosa
que podéis habitar en sus espejos;
los marinos nos dan tristes consejos,
porque huyamos del agua borrascosa;
pero al lanzarnos de tan bella casa,
no saben ahora lo que en tierra pasa.

¡Cuánto más blando el mar que nos rodea,
aunque el torrente abata vuestros vuelos,
será que las pasiones, los desvelos
de esa región que a nuestra vista humea!
¡No os vais del mar! El alma se recrea
soñándose suspensa entre dos cielos,
y si no tengo yo en las verdes salas,
menos debéis temer que tenéis alas.

¿Qué he de temer? ¿Que el mar en sus extremos
de sal inunde mi entreabierta boca?
¡La sed que en medio el agua nos sofoca
en la salada lluvia saciaremos!
Más salado es el llanto y lo bebemos
en tierra seca, y no en corriente poca,
siempre con ansia igual, con igual daño
un día y otro, uno y otro año.

¡Oh mil veces feliz ave y marino,
que cruzan sin temor esas montañas,
y más dichosa tú la que te bañas,
Cádiz, en ese golfo cristalino!
Allá te veo entre el flotante lino
salir, hermosa, honor de las Españas,
cual salen las palomas por el río
cuando a bañarse van en el estío.

Hija de las entrañas de Océano,
como sus conchas y sus peces eres,
y las que guardas célicas mujeres
son perlas escogidas por tu mano,
a bordo de tu buque soberano.
Siempre embarcados, tus felices seres,
gozan en paz de la ilusión divina
de este viaje que jamás termina.

Cuando del muro los estrechos lazos
salta y el onda tu cabeza baña,
dicen que quiere con terrible saña
tragarte el mar en míseros pedazos,
pero es que te acaricia entre sus brazos
como a sus tiernos hijos la alimaña,
y cuando más parece que te abruma
te da la leche de su blanca espuma.

¡Ciudad de torres solitaria y bella!
todo es hermoso en tu recinto amigo;
el pobre halla limosna y halla abrigo,
y aun da a otros pobres el sobrante de ella.
Cuando me lleve mi contraria estrella
lejos de ti; me soñaré contigo...
si es que duerme bastante para el sueño
quien nada espera dulce ni risueño.

¡Ah, sí! me queda la ilusión divina
de este mar tan inmenso y tan profundo,
donde ha de hallar, al fin, descanso el mundo
cuando lo quiera Dios. Alma vecina
del mar, mejor comprende y adivina
lo que es Dios, lo que el pueblo moribundo,
que encerrado se agita y despedaza
ser contra ser y raza contra raza. [...]

Aquilino Duque

Sevilla, 1931

*Ciaboga musical entre
el Caribe y Galicia*

Por José Romero y su piano portátil

Dos barquitos de papel
bogan por el agua quieta:
la nao Catarineta
y el bergantín de Martel.
¡Otra vez el cante aquel
que viene y va y no se moja!
Pentagrama en cuerda floja,
un piano en la fragata,
y al atril una mulata
dispuesta a pasar la hoja.

Un barco fantasma cía
frente a un puerto del Caribe.
A la pregunta «Quién vive?»
contestan «Ave María».
Las ánimas a porfía
cantan un tango a capela,
y en la noche una candela
vacila al soplo del cante
que en el Andalúz Errante
vuelve a España a toda vela.

El cante aquel de ida y vuelta
se ha metido en el piano
pero va y viene una mano
que abre el piano y lo suelta.
Ballena en la bruma celta,
isla de San Barandán,
que te hundes al lubricán
con tu capilla en el lomo
y un cura que canta, y cómo,
cantes que vienen y van.

Antonio Gala
Córdoba, 1936

Guadalquivir en Sanlúcar
(de *Testamento andaluz*)

Cuando ya iba a morir, volvió la cara.
Vio el rosa de la sal, los anchos cielos,
el temblor del trasmallo, las aves migratorias.
Vio el jazmín, la pineda,
trigos, olivos, cantes destrenzados.
Vio la belleza que no atardece nunca...

Se vio a sí mismo: pródigo,
pacífico y sapiente,
y enriqueció la tierra con su huella.

Nunca tuvo más fin ni más principio...
Al despedirse de la Andalucía,
sintió el sabor salado de la muerte...
Guadalquivir mi corazón se llama.

A estas aguas les dieron su color
el óxido y la sangre.
La ría de Bilbao –léase el testimonio
de don José del Río Sáinz,
«Pick», poeta del mar–
es dinamismo y es prosperidad,
humo estrépito, hierro. –Y también muerte,
sudor y sufrimiento.–

Te veo pasar, ría,
bello tu rostro de aguas arrugadas,
demacrado y ennoblecido
por los trabajos y los días,
e intento adivinar cómo serías
antes de que los hombres
depositaran sobre tu piel fresca
la lepra de sus almas.

Pilar Paz Pasamar

Jerez de la Frontera (Cádiz),

1952

*Con ella
en las orillas*

Ya somos más para nombrarte,
mar nuestro, mar de cada día.
Mis pies acerco hasta tu espuma
y te presento a la hija mía.
Crecerá rubia junto al sitio
donde deliras y porfías,
tendrá tu luz sobre sus ojos,
paseará por tus orillas
y la tendrás por compañera
entre tus blandas compañías.
No temerá tus arrebatos,
sabrás de ti más que yo misma
y aprenderá a decirte madre
cuando comprenda tu fatiga.

Mar maternal, dulce mar nuestro,
abandonada y siempre viva.
Ya ves: yo vengo con mi fruto
a que lo beses y bendigas
y a reclamar de tu sonido
una constante letanía
con la que vele y adormezca
este pedazo de mi vida...
¡Como tú acunas en tus brazos
a la salada maravilla!

Riberas desde Nerja hasta Estepona
costas que encierran mi niñez, mi vida:
¡con qué esplendor en vuestra mar bruñida
destrenza el sol la luz de su corona!

Un himno grande nuestra tierra entona
que recogí en el alma estremecida
viendo el tumbo del agua sacudida
que en las peñas sus lirios desmorona.

Todo es en ti soberbio, patria amante;
sobre tu costa, el cielo rutilante
de luz se ornó más puro y más bendito.

Y las ondas que elevas y desmayas
cantan a Dios rodando por las playas
como un tropel de lenguas infinito.

Amor bajo las jarcias de un velero,
amor en los jardines luminosos,
amor en los andenes peligrosos
y amor en los crepúsculos de enero.

Amor a treinta grados bajo cero,
amor en terciopelos procelosos,
amor en los expresos presurosos
y amor en los océanos de acero.

Amor en las cenizas de la noche,
amor en un combate de carmines,
amor en los asientos de algún coche,

amor en las butacas de los cines.
Amor, en las hebillas de tu broche,
gimen gemas de jades y jazmines.

Cielo azul, blanco borlaje
sobre el Mar verde, rizado.
La Noche dejó, olvidado,
un lucero, entre el celaje.
Maestoso el oleaje;
sobre mis pies, la ola altiva
va empujando a la deriva
todo el mar sobre la arena;
yo en pie aguardo a la sirena
mía del Mar, bella, viva...

PUENTE DE TRIANA

Balcón de artistas; labró
tus encajes el orfebre
trianero, con la fiebre
del beso que te fundió.
Betis: sobre ti saltó
Sevilla. Triana: alfil
—que guarda el otro pretil
de la sierpe— tú, pecado
que en el regazo frutado
engendró el puente gentil.

SIERRA NEVADA - GRANADIA





**IV. PAISAJES
DE MONTAÑA**

Rosalía de Castro

Santiago de Compostela

(La Coruña), 1837-1885

Cenicientas las aguas

(de En las orillas del Sar)

Cenicientas las aguas, los desnudos
árboles y los montes cenicientos;
parda la bruma que los vela y pardas
las nubes que atraviesan por el cielo;
triste, en la tierra, el color gris domina,
¡el color de los viejos!

De cuando en cuando de la lluvia el sordo
rumor suena, y el viento
al pasar por el bosque
silba o finge lamentos
tan extraños, tan hondos y dolientes
que parece que llaman por los muertos.

Seguido del mastín, que helado tiembla,
el labrador, envuelto
en su capa de juncos, cruza el monte;
el campo está desierto,
y tan sólo en los charcos que negrean
del ancho prado entre el verdor intenso
posa el vuelo la blanca gaviota,
mientras graznan los cuervos.

Yo desde mi ventana,
que azotan los airados elementos,
regocijada y pensativa escucho
el disorde concierto
simpático a mi alma...
¡Oh, mi amigo el invierno!,
mil y mil veces bien venido seas,
mi sombrío y adusto compañero.
¿No eres acaso el precursor dichoso
del tibio mayo y del abril risueño?

¡Ah, si el invierno triste de la vida,
como tú de las flores y los céfiros,
también precursor fuera de la hermosa
y eterna primavera de mis sueños...!

Queda curvo el firmamento,
compacto, azul, sobre el día.
Es el redondeamiento
del esplendor: mediodía.
Todo es cúpula. Reposa,
central sin querer, la rosa,
a un sol en cenit sujeta.
Y tanto se da el presente
que al pie caminante siente
la integridad del planeta.

Todos los colores están saciados de distancia.
Afloran dispersas
trazas profundas de antiguos minerales
cuajados antes de los albores de esta luz
precipitada desde el aire
incrustada en la sal
cernida sobre cráteres
donde aún anidan nostalgias de moluscos
emergidos tras el destierro de las aguas.
El viento siempre trató de hallar
en cada grieta
el último resquicio de una savia
sobrevivida al polvo
y a los amarillentos dedos del azufre.
El silencio crece alto
encaramado a los reflejos súbitos
sólo comprensibles cuando
bajo el peso de todas las estrellas
la geología renuncia a ser eterna y muda.

Abrí mi ventana al valle
de surcos ocre sellado.
¡El valle estaba tan solo
como un niño abandonado!

Abrí mi alma a la tarde
–lirio cárdeno, velado–.
Y la tarde me ofrecía
un silencio desmayado...

Fueron cayendo las sombras
sobre el valle y el sembrado.
Ligero, entra la penumbra,
vi cruzar un galgo blanco.
Iba hacia Sierra Nevada;
le vi perderse entre el campo...

Montaña, imposible altar, obstáculo agrio
para el tiempo que se desliza.

Rota altivez en la desolación, monumento
a la más viva vida de la muerte, Pirámide
donde se entierra anticipadamente el planeta.

Montaña asesinada para abrirnos camino
y abolir sus entrañas. Doble tajo
que cruzamos sin verlo.

Voló en un segundo
lo edificado por millones de años.

Montaña desgarrada que espera en vilo el final de
[todo

Y mientras tanto permanece.

Corriendo van por la vega
a las puertas de Granada
hasta cuarenta gomeles
y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,
parando su yegua blanca,
le dijo éste a una mujer
que entre sus brazos lloraba:

«Enjuga el llanto, cristiana,
no me atormentes así,
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores.

Y en la vega del Genil
tengo parda fortaleza,
que será reina entre mil
cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
extiendo mi señorío;
ni en Córdoba ni en Sevilla
hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera
y el encendido granado,
junto a la frondosa higuera,
cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
allí el nópalo amarillo,
allí el sombrío moral
crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
que hasta el cielo se levantan,
y en redes de plata y seda
tengo pájaros que cantan.

Sultana serás si quieres,
que desiertos mis salones
está mi harén sin mujeres,
mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
y perfumes orientales,
de Grecia te traeré velos,
y de Cachemira chales.

Yo te daré blancas plumas
para que adornes tu frente,
más blancas que las espumas
de nuestros mares de Oriente;

y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello,
para los labios... ¡amor!»

«¿Qué me valen tus riquezas
—respondióle la cristiana—,
si me quitas a mi padre,
mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,
a mi padre y a mi patria,
que mis torres de León
valen más que tu Granada.»

Escuchóla en paz el moro,
y manoseando su barba,
dijo, como quien medita,
en la mejilla una lágrima:

«Si tus castillos mejores
que nuestros jardines son,
y son más bellas tus flores,
por ser tuyas en León,

y tú diste tus amores
a alguno de tus guerreros,
hurí del Edén, no llores,
vete con tus caballeros.»

Y dándola su caballo
y la mitad de su guardia,
el capitán de los moros
volvió en silencio la espalda.

PARQUE DE MARÍA LUISA, SEVILLA





V. PAISAJES
DE JARDINES

Llueve. La tarde se ha puesto
toda color de glicina.
Ausencias de no sé qué
levanta la niebla en Cintra.

Verdes que son más que verdes...
Lilas que son más que lilas.
Aliento que es casi pena
y muerte que es casi vida.

Mi verso se ha puesto luto
morado esta tarde en Cintra.
Por el Palacio el amor
es un silencio que grita,
un dolor de lluvia histórica,
una blanda pena antigua...

Y el corazón que se asusta,
va y viene, y torna, y se afina,
y lo da todo, y lo pierde
en la lluvia laberíntica.

La tristeza tiene hoy
sólo dos sílabas: Cintra.

ESCARCHA

¡Qué blancor el de la escarcha,
tan puro! Pero, a veces,
mortaja de mendigo o gorrioncillo ha sido,
Sábana santa.
No la pises.

JARDÍN ZEN

Llanura inmensa de surcos recién hechos.
a veces un árbol o una roca,
garza que los atraviesa en la mañana,
alcaraván al sol caído.
Tañido lejano de campana, ¿un antiguo
Jardín Zen? Otoño,
simplemente.

Dulce María Loynaz

La Habana (Cuba), 1902-1997

Eternidad

*No quiero, si es posible,
que mi beneficio desaparezca,
sino que viva y dure toda la vida de mi amigo.*

SÉNECA

En mi jardín hay rosas:
Yo no te quiero dar
las rosas que mañana...
Mañana no tendrás.

En mi jardín hay pájaros
con cantos de cristal:
No te los doy, que tienen
alas para volar...

En mi jardín abejas
labran fino panal:
¡Dulzura de un minuto...
no te la quiero dar!

Para ti lo infinito
o nada; lo inmortal
o esta muda tristeza
que no comprenderás...

La tristeza sin nombre
de no tener que dar
a quien lleva en la frente
algo de eternidad...

Deja, deja el jardín...
no toques el rosal:
Las cosas que se mueren
no se deben tocar.

La tarde gris es un ensueño... Apenas
si se nota la brisa, si se siente
que llueve delicada, suavemente
sobre rosas, claveles y azucenas.
Qué tranquilo el ramaje, qué serenas
las nubes lentas, leves del poniente...
Oh, caricia de Dios, tibia y silente,
derramada en el aire y en mis venas.
A ti te sueño, Concepción, te evoco
en esta tarde de templada calma,
donde faltan la luz y tu sonrisa,
y, en la dulzura de la tarde, toco
la pureza celeste de tu alma,
que llega con la lluvia y con la brisa.

Obrint sota la pluja la seva carn morada,
secretada, en el jardí deshabitat i clos,
tan nua, en l'olorosa misèria del seu cos
desesperadament l'última rosa es bada.

Tot és, al seu entorn, corrupció i repòs,
¿Qui féu créixer en la branca, ja quasi despallada,
el botó destinat a obrir-se a l'arribada
de l'orba estació que condemna les flors?

Ningú no et sabrà mai, poncella de novembre!
¿Per què la teva heroica voluntat de florir,
si tot el món és fred i hostil com el jardí?

—L'atzar no sap on va ni quines llavors sembla.
El seu pas és feixuc. Camina poc a poc,
sobretot pels camins que no duen enlloc.—

Abriendo bajo la lluvia su carne morada,
secreta, en el jardín cerrado y solo,
tan desnuda en la olorosa miseria de su cuerpo,
desesperadamente la última rosa se abre.

Todo a su alrededor es corrupción y reposo.
¿Quién hizo crecer en la rama, ya casi desnuda,
el capullo destinado a abrirse a la llegada
de la ciega estación que condena las flores?

Nadie sabrá nunca de ti, capullo de noviembre.
¿Por qué tu heroica voluntad de florecer,
si todo el mundo es inhóspito y frío como el jardín?

—El azar no sabe adónde va ni qué semillas siembra.
Su paso es cansado y camina poco a poco,
sobre todo por los caminos que no llevan a ninguna
[parte.—

ZAHARA DE LA SIERRA. CÁDIZ





**VI. PAISAJES
DE RUINAS**

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fue. Por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente.
De su invencible gente
sólo quedan memorias funerales,
donde erraron ya sombras de alto ejemplo.
Este llano fue plaza; allí fue templo;
de todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
impio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo!, representa
cuánta fue su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció: cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo;
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros a los ojos,
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Olor inconfundible a yerba seca,
a tierra muy pisada, a fango, a cabras.
Y, al principio, una cierta decepción,
después de haber venido de muy lejos
en una apretada excursión de amigos
y ahora no saber muy bien qué hacer,
salvo esquivar las zanjas, pasear,
asomarse a los restos de las termas,
del foro, de una casa; y descubrir,
tras la cima del cerro, el graderío
intacto del teatro, pequeñito
como un cine de pueblo al aire libre.

El grupo se diluye entre aspavientos,
risas, voces distorsionadas. Cuesta
un tanto respirar, quizá. A lo lejos,
el quebrado perfil de Ronda pone
su nota complicada sobre un fondo
monótono de cielo claro y sierra.
Ocioso decir algo sobre el tiempo,
que ya iguala esos gestos, esas risas,
con las modestas ruinas de Acinipo.

A Blas Taracena

Era en Numancia, al tiempo que declina
la tarde del agosto agosto y lento,
Numancia del silencio y de la ruina,
alma de libertad, trono del viento.

La luz se hacía por momentos mina
de transparencia y desvanecimiento,
diafanidad de ausencia vespertina,
esperanza, esperanza del portento.

Súbito, ¿dónde?, un pájaro sin lira,
sin rama, sin atril, canta, delira,
flota en la cima de su fiebre aguda.

Vivo latir de Dios nos goteaba,
risa y charla de Dios, libre y desnuda.
Y el pájaro, sabiéndolo, cantaba.

Cuánto se ha roto, Dios.
Tú que lo sabes,
dime por qué se agrietan las columnas,
se pudren los cimientos,
se desploma el palacio
donde pusimos oro, plata, bronce,
cerámica, cristal, flores y fuentes,
con el primor, la entrega
de eternidades casi.

Cuánto se ha roto. Mira
por dónde los pedazos, ese polvo
que levantan las casas derribadas,
las carreras salvajes
de potros que se pierden a lo lejos,
por horizontes en que el viento llora
quién sabe qué desvíos.

Cuánto se ha roto, Tú.
Respóndeme qué pasa
si sólo quedan puentes destrozados,
descabaladas torres,
castillos en la hoguera de los sueños.

Por estas avenidas
donde pasaran toros, huracanes,
se erigieran estatuas
conmemorando esas
invasiones solemnes,
yo sobre las ruinas te pregunto
qué fue del templo aquél, de aquella roca
donde esculpí mi grito.

Por aquí resonaron las espuelas,
velaron armas.
A la honra de Dios todo se hizo,
la espada en sangre.
Y rezaron nocturnos a la Virgen:
era Guiomar.
Pasaron –*De profundis*– flagelantes
torsos desnudos.
E irguieron en pavés difunta gloria
de los maestros.
Degolló el viento lirios como voces
de escolanía.
Anidó la corneja en los calcáreos
yelmos caducos.
Y el olvido acampó bajo las bóvedas,
nubló trofeos.

Casta luz de Segovia que hornea las columnas
con leña de oraciones. Ahora, en la otra orilla
lengua extraña destierra el latín del salterio
y sobre el enlosado del claustro las pisadas
descalzas que marcara silencioso el ayuno
las borran las parejas de camisa floral,
el batido de fresa chorreante en la mano.
Qué lejos el Eresma de álamos novicios.
La piedra no recuerda.

Buscas en Roma a Roma ¡oh peregrino!
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas
y tumba de sí propio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino
y limadas del tiempo, las medallas
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades que Blasón Latino.

Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya sepultura
la llora con funesto son doliente.

¡Oh Roma en tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece y dura!

Francisco Villaespesa

Laujar de Andarax (Almería),

1877-1936

Convento en ruinas

El viejo monasterio abandonado
se pudre de vejez en la colina,
muda la torre, el coro derrumbado,
y todo el claustro amenazando ruina.

Seca la fuente, el huerto se ha secado;
en sus silencios ni un jilguero trina...
Tan sólo por las piedras del cercado
rastrera hiedra en verdecer se obstina.

Susurra el viento fúnebres querellas
por los patios ruinosos y desiertos...
Y, ajena a mundanales intereses,

parece que a la luz de las estrellas
está rezando, por los monjes muertos,
la gris Comunidad de los Cipreses.

OLIVAR EN SANTA ANA, JAÉN





VII. PAISAJES
DEL CAMPO

Las he visto crecer en las cunetas
y en las medianas de las autopistas,
en jardines privados y lujosos
y rodeando bloques de ladrillo
en suburbios tan tristes como el hombre.
Me sorprende que sean tan bonitas,
que se adapten tan bien a cualquier medio,
que precisen tan pocas atenciones.
Me sorprende que sean venenosas.

El tren. Guipúzcoa
(de *Melancolía*)

Juan Ramón Jiménez
Moguer (Huelva), 1881-1958

EL techo del vagón tiene un albor —¿de dónde?—,
y los turbios cristales, desvanecidos, lloran...;
fuera, entre claridades que van y vienen, hay
una conjuración de montaña y de sombra.

Los pueblos son de niebla bajo la madrugada,
es como un sueño vago de praderas humosas;
y las rocas enormes están sobre nosotros,
inminentes, perdidas las cimas en la hora...

El tren pasa... Tras unos cristales alumbrados,
a través de la lluvia cansada y melancólica,
una mujer confusa, bella, medio desnuda,
nos dice adiós...

—¡Adiós!

El agua habla, monótona...

I

En las mañanicas
del mes de mayo
cantan los ruiseñores
perfuma el campo.
En las mañanicas,
como son frescas,
cubren los ruiseñores
las alamedas.
Y ríense las fuentes
tirando perlas
a las florecillas
que están más cerca.
Vístense las plantas
de múltiples sedas
que sacar colores
muy poco les cuesta.
Los campos alegran
con tapetes varios,
cantan ruiseñores
perfuma el campo. [...]

II

Sale mayo hermoso
con los frescos vientos
que le ha dado marzo
de céfiros bellos.
Las lluvias de abril
flores le trajeron:
púsose guirnalda
en rojos cabellos.
Los que eran amantes
amaron de nuevo,
y los que no amaban
a buscarlo fueron.
Todo pues amores
cuando allá por mayo
cantan ruiñones
y perfuma el campo.

Manuel Machado

Sevilla, 1874-1947

*La hija
del ventero*

*La hija callaba, y de cuando en cuando
se sonreía.*

CERV.: Quij.

«La hija callaba
y se sonreía...»
Divino silencio,
preciosa sonrisa,
¿por qué estáis presentes
en la mente mía?

La venta está sola.
Maritornes guiña
los ojos, durmiéndose,
la ventera hila.
Su mercé el ventero,
en la puerta, atisba
si alguien llega... El viento
barre la campiña.

...Al rincón del fuego,
sentada, la hija
–soñando en los libros
de caballerías–,
con sus ojos garzos
ve morir el día
tras el horizonte...

Parda y desabrida,
la Mancha se hunde
en la noche fría.

Enrique de Mesa

Madrid, 1878-1929

Tierra hidalga

Un molino,
perezoso a par del viento.
Un son triste de campana.
Un camino
que se pierde polvoriento,
surco estéril de la tierra castellana.

Ni un rebaño
por las tierras. Ni una fuente
que dé alivio al caminante.
Como antaño,
torna al pueblo lentamente
triste y flaco sucesor de «Rocinante».

Una venta.
Un villano gordo y sucio,
de miserias galeote.
Soñolienta
la andadura de su rucio.
No aparece en la llanada Don Quijote.

Terruñero
de la faz noblota y ancha,
descendiente del labriego castellano.
Escudero,
ya no tienes caballero;
ya no templas, con prudencia de villano,
las locuras del hidalgo de la Mancha.

José A. Muñoz Rojas

Antequera (Málaga), 1909

Las rejas enlutadas

(de Las cosas del campo)

Vamos a caballo por el campo recién mojado con las lluvias tardías de este mayo y está la tierra tan empapada, que cada casco al hundirse va dejando una huella que llena el agua. Los trigos, que ya tienen la cabeza pesada, comienzan a doblarse y hay muchas cebadas definitivamente vencidas. Aprovecha el sol la menor rajilla entre las nubes para colar una lanzada de luz y calor sobre los verdes que a él sólo esperan para amarillear. Las zanjas rebosan flores en sus veras y se sueltan al aire los primeros insectos. La luz está fresca; un temblor lleno de gracia se cierne sobre los frutos que comienzan a cuajarse, sobre los olivos que tienen la flor a punto. Todo espera el clarinazo del calor. Es el paso delicado y gravísimo de la flor al fruto, cuando caen los pétalos de aquélla y se aprieta el primer indicio de éste, débil sobre la rama. Un puñalillo de frío mal venido en la madrugada, un sol apresurado, un viento traidor, y ese hilo que ata el fruto a la rama, se cortará y la savia no llegará a su término. Todo el trabajo del año se vendrá a tierra por el momento despiadado. ¡Oh condición humana de la naturaleza! ¡Oh azar!

Vamos a caballo y oigo tras de mí:

—Como está la tierra tan pegajosa se enlutan las rejas y no se puede arar.

«Se enlutan las puntas de las rejas, se enlutan las puntas de las rejas», me quedo yo pensando maravillado de la justeza de la expresión en estos labios, mientras entramos en el sembrado y las espigas barren ásperas y amorosas los ijares de nuestros caballos.

Cielo gris.
Suelo rojo.
De un olivo a otro
vuela el tordo.

En la tarde hay un sapo
de ceniza y de oro.

Suelo gris.
Cielo rojo...

Quedó la luna enredada
en el olivar.

¡Quedó la luna olvidada!

Como loca feliz y casi sola,
voy de merienda al campo,
con tortilla de espinas y hojarasca
y una bota de vino, mientras tanto
saco una flauta del morral y toco
una canción muy verde de esperanza;
veo tórtolas amarse como tórtolos,
cruza el río una garza
y por mi pensamiento cruza
un «a mí qué» sin alas.

PLAYA DE PUNTA UMBRÍA, HUELVA





**VIII. PAISAJES
DEL ALMA**

Rafael Alberti

El Puerto de Santa María

(Cádiz), 1902-1999

Cuando me vaya de Roma

Cuando me vaya de Roma,
¿quién se acordará de mí?

Pregunten al gato,
pregunten al perro
y al roto zapato.

Al farol perdido,
al caballo muerto
y al balcón herido.

Al viento que pasa,
al portón oscuro
que no tiene casa.

Y al agua corriente
que escribe mi nombre
debajo del puente.

Cuando me vaya de Roma,
pregunten a ellos por mí.

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espumas,
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrado en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arrebatado entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!

Llevadme por piedad a donde el vértigo
con la razón me arranque la memoria.
¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!

Juana de Ibarbourou

Cerro Largo (Uruguay),

1892-1979

Bajo la lluvia

¡Cómo resbala el agua por mi espalda!
¡Cómo moja mi falda,
y pone en mis mejillas su frescura de nieve!
Llueve, llueve, llueve,

Y voy, senda adelante,
con el alma ligera y la cara radiante,
sin sentir, sin soñar,
llena de la voluptuosidad de no pensar.

Un pájaro se baña
en una charca turbia. Mi presencia le extraña,
se detiene... Me mira... Nos sentimos amigos...
¡Los dos amamos muchos cielos, campos y trigos!

Después es el asombro
de un labriego que pasa con su azada en el hombro.
Y la lluvia me cubre
de todas las fragancias que a los setos da Octubre.

Y es, sobre mi cuerpo por el agua empapado,
como un maravilloso y estupendo tocado
de gotas cristalinas, de flores deshojadas
que vuelcan a mi paso las plantas asombradas.

Y siento, en la vacuidad
del cerebro sin sueño, la voluptuosidad
del placer infinito, dulce y desconocido,
de un minuto de olvido.

Llueve, llueve, llueve,
y tengo en alma y carne, como un frescor de nieve.

Clara Janés

Barcelona, 1940

*Diván del ópalo de fuego o la
leyenda de Layla y Machnún*

REFLEXIÓN DE MACHNÚN

Viviré de la nada,
de los trazos que mi mano
en la arena
figuran su rostro
y pronto el viento borra
y deja en nada;
de los versos
que esa forma,
mansa como duna,
arranca a mis labios
y el desierto diluye
en el espacio
y deja en nada;
de las caricias de estos animales
cuyo mudo amor
sin huella en el alma
igual a la nada;
y del mismo abismo
de ciego horizonte
al que yo me entrego
para abrazar la nada.

MACHNÚN VUELVE LOS OJOS A LA
VERDADERA NATURALEZA DE SU
SENTIMIENTO, SU SED QUE NO SACIA
EL MANANTIAL

Buscad el agua
detrás de las montañas,
más allá de las tiendas,
más allá de los fuegos del campamento;
mas allá de las arenas y el palmeral;
más acá del límite del gesto,
donde los pies desnudos del alma
se pierden hacia el centro inalcanzable.
Buscad el agua
en la fuente inagotable de la imagen
que en ese pozo escondido brota
abrazando toda forma.

Fray Luis de León

Belmonte (Cuenca),

1527-1591

Noche serena

(Fragmentos)

Cuando contemplo el cielo,
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,

el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Loarte, y digo al fin con voz doliente:

«Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma, que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que, de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y, con paso callado,
el cielo, vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

¡Oh, despertad, mortales!
¡mirad con atención en vuestro daño!
Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
¿podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay, levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera!
Burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
con ese gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado? [...]»

Era una tarde cerrada,
plomiza y desconcertante.
Los vientos grises llevaban
efluvios en su volante.

Aquella tarde, ya tarde,
por un camino distante,
un alma ¿gris? caminaba
a paso llano y constante.

El viento airoso plegaba
la capa del caminante,
y sus cabellos mimaba
en caricia desbordante.

Yo pensé al verle pasar
que sería algún amante.
O el amante de la tarde,
o el amante de su amante.

La negra capa ceñida
iba camino adelante.
Yo pensé al verle marchar:
¿Adónde irá el caminante?

Las palabras convocan
y mientras te amo
voy pronunciando lenguas
nombro ciudades: Babilonia, la ciudad de los libros,
Borsippa, la torre de nuestros confusos
antepasados, el bable, la lengua que balbuceas
sobre mi hombro, las ballenas azules,
el mar Báltico, Berlín, la balsa
en que nos mecemos al amarnos, Bremen,
el báculo, las bengalas, Baden-Baden,
las belladonas de tu lecho, Berna,
el bálsamo, el benjuí, Besançon, besar, Bilbao
y Babel,
 bifurcada en dos,
 como su sexo.

Víctor Rodríguez Núñez

La Habana (Cuba), 1955

Secreto profesional

(de Oración inconclusa)

El árbol que con desesperación
hace gestos al cielo

La mañana que voltea su rostro
salpicado con leche de crepúsculo

El río que de súbito
ha perdido la voz

entre la algarabía de las piedras

La sombra del ahorcado
su aliento de ceniza

Todo esto tiene

viajero

algo que decirte

Suma

esa canción descascarada
que ha gritado el olvido

Ese cerro que otra vez se despide
con su pañuelo limpio

donde se puso el sol por cobardía

Esa noche sin pétalos ni fiebre
a pesar del invierno

que hoy también claudica

Todo te dice que

a la muerte

no la conocerás

Nemoroso:

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado, de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno:
yo me vi tan ajeno
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí alguna hora,
que despertando, a Elisa vi a mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!

Más conveniente fuera aquesta suerte
a los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí, como colgada,
mi ánima doquier que ellos se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio al oro,
como a menor tesoro,
¿adónde están? ¿Adónde el blando pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre, en cárcel tenebrosa.

PANTANO DE IZNÁJAR, CÓRDOBA





ÍNDICE

Índice

PRESENTACIÓN	8
PRÓLOGO	12
I. PAISAJES DE ÁRBOLES	15
José Luis Cano <i>A un pino andaluz (de Sonetos de la Bahía)</i>	16
Rubén Darío <i>Primaveral (de Azul, El año lírico)</i>	17
Francisco Garfias <i>Canción de octubre (de Vendimia)</i>	18
Ángel González <i>Milagro de la luz</i>	19
Miguel Hernández <i>Oda a la higuera</i>	20
Elena Martín Vivaldi <i>Ginkgo biloba (Árbol milenario)</i>	22
Gabriela Mistral <i>Tres árboles</i>	24
Gloria Fuertes <i>En los bosques de Pennsylvania</i>	25
Claudio Rodríguez <i>Pinar amanecido</i>	26
II. PAISAJES DE CIUDAD	31
María Victoria Atencia <i>Placeta de San Marcos (de Venezia serenissima)</i>	32
<i>La ciudad (de La intrusa)</i>	33

Emilio Carrere <i>Ocaso sentimental</i>	34
José Manuel Benítez Ariza <i>Madrid</i>	36
Luis García Montero <i>Aventura en la ciudad cerrada</i>	37
Antonio Machado <i>Recuerdos</i> <i>Esta luz de Sevilla</i>	40 42
Manuel Machado <i>Andalucía</i>	43
Miguel de Unamuno <i>Salamanca</i>	44
III. PAISAJES DE AGUA	47
José Luis Cano <i>Sonetos al Peñón (de Gibraltar)</i>	48
Carolina Coronado <i>A Cádiz</i>	50
Aquilino Duque <i>Ciaboga musical entre el Caribe y Galicia</i>	54
Antonio Gala <i>Guadalquivir en Sanlúcar (de Testamento andaluz)</i>	56
José Hierro <i>Ría de Bilbao</i>	57
Pilar Paz Pasamar <i>Con ella en las orillas</i>	58

Salvador Rueda <i>Mi patria</i>	59
Jaime Siles <i>Himno a Venus</i>	60
Fernando Villalón <i>Décimas</i>	61
IV. PAISAJES DE MONTAÑA	63
Rosalía de Castro <i>Cenicientas las aguas (de En las orillas del Sar)</i>	64
Jorge Guillén <i>Perfección</i>	66
J.A. Martínez de Villarreal <i>Los dominios del viento</i>	67
Concha Méndez <i>Tarde</i>	68
José Emilio Pacheco <i>Montaña</i>	69
José Zorrilla <i>Oriental</i>	70
V. PAISAJES DE JARDINES	75
Francisco Garfias <i>Cintra (de Sobre mi propio verso)</i>	76
José Jiménez Lozano <i>Escarcha / Jardín Zen</i>	77

Dulce María Loynaz <i>Eternidad</i>	78
Manuel Machado <i>El jardín gris</i>	80
Rafael Morales <i>Jardín</i>	81
Màrius Torres <i>Última rosa</i>	82
VI. PAISAJES DE RUINAS	85
Rodrigo Caro <i>Canción a las ruinas de Itálica</i>	86
José Manuel Benítez Ariza <i>Acinipo</i>	88
Gerardo Diego <i>Revelación</i>	89
María de los Reyes Fuentes <i>Columnas rotas</i>	90
Pablo García Baena <i>Spanish monastery</i>	92
Francisco de Quevedo <i>A Roma sepultada en sus ruinas</i>	93
Francisco Villaespesa <i>Convento en ruinas</i>	94

VII. PAISAJES DEL CAMPO	97
Amalia Bautista <i>Las adelfas</i>	98
Juan Ramón Jiménez <i>El tren. Guipúzcoa (de Melancolía)</i>	99
Lope de Vega <i>Maya</i>	100
Manuel Machado <i>La hija del ventero</i>	102
Enrique de Mesa <i>Tierra hidalga</i>	104
José A. Muñoz Rojas <i>Las rejas enlutadas (de Las cosas del campo)</i>	106
Emilio Prados <i>Vega en calma</i>	108
Gloria Fuertes <i>Paisaje interior</i>	109
VIII. PAISAJES DEL ALMA	111
Rafael Alberti <i>Cuando me vaya de Roma</i>	112
Gustavo Adolfo Bécquer <i>Rima LII</i>	113
Juana de Ibarbourou <i>Bajo la lluvia</i>	114

Clara Janés <i>Diván del ópalo de fuego o la leyenda de Layla y Machnún</i>	116
Fray Luis de León <i>Noche serena</i>	118
Concha Méndez <i>Tarde gris</i>	120
Cristina Peri Rossi <i>Letanía</i>	121
Víctor Rodríguez Núñez <i>Secreto profesional (de Oración inconclusa)</i>	122
Garcilaso de la Vega <i>Égloga 1</i>	123

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Gráficas Urania
de Málaga, con motivo de la
Semana Europea de la Movilidad,
que este año se celebra
del 16 al 22 de septiembre

CASTILLO DE SANTA CATALINA. JAÉN





EDICIÓN
NO VENAL
CON MOTIVO
DE LA
**SEMANA
EUROPEA
DE LA
MOVILIDAD
2009**

La Consejería de Obras Públicas y Transportes mantiene un decidido compromiso con la mejora del sistema de transporte público en Andalucía para que éste sea seguro, eficaz y sostenible y responda a las necesidades de la ciudadanía. Con las inversiones en la red de transporte público regional y metropolitano, en su gestión y nuevas infraestructuras y servicios, así como en la red de carreteras, conseguiremos avanzar hacia la movilidad sostenible en nuestra Comunidad. Lograremos disminuir la saturación en ciudades y carreteras, así como la emisión de ruidos y gases contaminantes, ganando más tiempo y un aire más limpio. Con este libro, editado especialmente con ocasión de la Semana Europea de la Movilidad 2009, le agradecemos su colaboración en este empeño común de cambiar nuestros hábitos de movilidad, al utilizar la red de transporte público, y le deseamos un feliz viaje, disfrutando de la lectura y del paisaje.

